

TEMPESTADES Y CONJUROS DE LAS FUERZAS NATURALES. ASPECTOS MAGICO-RELIGIOSOS DE LA CULTURA EN LA ALTA EDAD MODERNA

Martí Gilabertó Vilagran

El presente trabajo puede encuadrarse dentro del campo de la nueva historia de las mentalidades, en el marco de la preocupación por las actitudes y creencias de las clases subalternas en la Edad Moderna, muy en boga a partir de los trabajos pioneros de R. Mandrou, M. Baktin y C. Ginzburg en los años sesenta, que posteriormente se han visto notablemente incrementados con importantes aportaciones de historiadores insertos en la corriente que se ha dado en llamar antropología histórica.

Nuestro tema de estudio es el de los conjuros de las fuerzas naturales y su imbricación en la dinámica mágico-religiosa de la cultura popular rural en la Edad Moderna. El propósito inicial es analizar la visión y percepción que de los temporales atmosféricos poseen tanto la cultura de élites dominante como la cultura de las clases subalternas, estableciendo sus diferencias, nexos e interrelaciones. Dentro de la órbita de la cultura popular se pretende hacer especial hincapié en la función social que implícita o explícitamente tienen los ritos mágicos como elemento de cohesión cultural en el interior de la sociedad campesina y como expresión de solidaridad social, así como en las diversas

relaciones y estructuraciones que se producen en los distintos niveles de la tradición religiosa (religión del especialista versus religión del campesino).

El punto de apoyo metodológico adoptado se fundamenta en la posición activa o innovadora de la cultura popular en materia de religión, en contraste con quienes únicamente la consideran como una simple distorsión bajo una óptica mágica de la religión oficial, asumiendo exclusivamente el punto de vista de la élite.

El marco cronológico de referencia es el período de la Alta Edad Moderna, pero tomado de un modo no rígido, pues en ocasiones aporta fuentes correspondientes a la segunda mitad del siglo XVIII.

A nivel del marco espacial, el ceñirse a un área única ha resultado objetivo inviable al encontrarnos con un material documental harto disperso en cuanto a su procedencia geográfica, con una gran asimetría de información respecto a las diversas provincias de estudio. Fuerte descompensación de datos de un lugar a otro para intentar abordar un estudio a escala exclusivamente regional. Pocas veces los informantes nos ayudan en nuestra labor, ya que no ubican el fenómeno que están describiendo en el punto concreto en donde recogen la noticia, remitiéndose casi siempre a tal provincia o diócesis con la carga consiguiente de ambigüedad que ello supone, silenciando si ha existido algún tipo de transformación en etapa cronológica posterior a los hechos que relatan.

La cuestión básica estriba en saber, con el material disponible a mano, hasta qué punto es representativo el modelo que exponen nuestras fuentes y si es extrapolable al conjunto del medio rural. Por este motivo hemos preferido dar al trabajo una orientación general, aun a sabiendas del coste que ello implica, al ignorar el grado de representatividad que posee una determinada manifestación sobre el supuesto de la heterogeneidad de la cultura popular en una escala temporal y espacial. Fuentes imprescindibles para la elaboración del trabajo son los decretos sinodales, muy abundantes en toda la Edad

Moderna, así como los tratados clásicos de literatura antisupersticiosa (Pedro Ciruelo, Gaspar Navarro, Martín de Castañega, Francisco Torreblanca...), confeccionados por miembros de la élite con una perspectiva de élite enemiga de la magia popular, junto a las noticias que proporcionan los misioneros apostólicos que poblaron abundantemente el campo hispano, sin olvidar las expresiones más literarias de la élite (Lope de Vega, Tirso de Molina...) referentes a nuestro tema de aplicación.

La visión de la religión oficial está recogida en numerosos rituales diocesanos y breviarios romanos impresos durante los dos primeros siglos del Antiguo Régimen: es la doctrina institucional de la Iglesia, que intenta imponer su código ideológico a las comunidades campesinas para canalizar las peculiares expresiones religiosas populares. Las leyes jurídicas son otros de los documentos aportados, poseyendo tales noticias el grave inconveniente de su aridez expositiva y de no prestarse a demasiado exceso interpretativo. No hemos de olvidar tampoco las obras de carácter astrológico que fundamentan una buena parte del trabajo y ponen sobre el tapete la persistencia del pensamiento aristotélico-tomista en la cultura de la élite del Antiguo Régimen.

El trabajo ha sido estructurado en seis capítulos. Los dos primeros tienen índole introductoria, haciendo referencia a las características principales de la cultura popular rural y al pensamiento mágico en Europa y a los antecedentes históricos sobre conjuros de tempestades en la Alta Edad Media. El tercero incide sobre el pensamiento de la cultura oficial acerca del origen y procedencia de las tempestades. Los restantes capítulos abordan la problemática de las posiciones de la cultura popular al respecto.

A nivel de conclusiones vemos cómo la cultura oficial tiene una percepción harto distinta de la que posee la cultura popular, viniendo ello determinado por la propia dinámica histórica. Mientras que la primera atraviesa profundas transformaciones (Renacimiento. Re-

forma, Contrarreforma, Revolución Científica e Ilustración), la segunda permanece largo tiempo estancada en sus modos tradicionales de vida. Esta cultura posee una percepción y visión del mundo superficialmente cristianizada y fundamentalmente mágica. Estamos ante la presencia de un cristianismo mezclado con innumerables prácticas consideradas como supersticiosas, dando como resultado una extraña amalgama de mundo sobrenatural y cristiano. Ello permite dominar el miedo y la desesperación en respuesta a las agresiones del entorno que les rodea, afirmando que el hombre no está totalmente solo e impotente, sino que al contrario puede ejercer algún tipo de influencia mediante la magia de los ritos y tabúes. La magia integra al cristianismo proyectándolo en una percepción animista y vitalista. La liturgia es utilizada como elemento de conjuración de las fuerzas nefastas. El pueblo ve en los dogmas y ritos de la Iglesia un recurso contra las calamidades. Ello cristaliza en un sincretismo mezcla de dos tradiciones culturales. De un lado, la perteneciente a las clases dirigentes que se identifican con las élites sociales cuyo representante es el sacerdote (religión del especialista, con todo su sistema de dogmas, ritos y moral codificada) de otro, la cultura tradicional con sus ideas y aspectos particulares en una visión mágica y profana.

Los conjuros de tempestades hunden su raíz en las creencias de la antigüedad pagana clásica acerca de la existencia de individuos capaces de interpretar la voluntad divina superior y poder manipular las fuerzas extraterrenas. Estas prácticas atraviesan la Edad Media hasta llegar al mundo moderno con unos caracteres propios.

Bajo este prisma, la cultura oficial enfoca la cuestión del origen de los temporales atmosféricos bajo una óptica triple: natural, cristiana y pagana. Las tres, en una interrelación constante.

La primera de las causas aducidas (natural) proviene del efecto físico que el fuerte calor de los meses estivales produce en la tierra al evaporar gran cantidad de agua de ríos y mares, que, condensándose en la atmósfera y enfriándose, provoca la precipitación del granizo.

Tendrá un origen natural-pagano cuando su desencadenante provenga de la irradiación de determinados cuerpos celestes (astros en eclipse o cometas) sobre la corteza terrestre. Asimismo, las tempestades podían proceder potencialmente de la mano de Dios (origen cristiano), irritado contra los desafueros de los hombres en la tierra. Los ángeles son el instrumento que el creador emplea para materializar la cólera divina. Otro método de castigar las faltas son las señales celestes que Dios crea para aterrorizar a la humanidad (visión cristiano-pagana), en el convencimiento de que tanto eclipses como cometas son formados por la divinidad para anunciar su enojo. Por último, la cultura de élites puede ver en el fenómeno una intervención diabólica, pero sólo de un modo excepcional y siempre que Dios autorice a actuar a las huestes luciferinas para flagelo de la humanidad. Los efectos de las tempestades causadas por los enviados del mal siempre conllevan un efecto desastroso amplificado por la manifestación sobrenatural. Polémica entre los teólogos se encuentra la cuestión de si los brujos o brujas podían en sus reuniones provocar con la ayuda del diablo tempestades que aniquilaran los frutos de la tierra (origen diabólico-brujeril).

Como recurso para conjurar estos peligros se echa mano del poder formidable de la campana en su doble vertiente, natural y espiritual. El aparato acústico tiene la triple función de que con su sonido se congrega el pueblo, aleja y rompe los nublados cargados de pedrisco por su virtud física y neutraliza la supuesta procedencia demoníaca de la tempestad al herir con su tañer al espíritu maligno, sospechoso de producir el nublado. El otro método consiste en disparar tiros de artillería para que con el calor producido se rompa el nublado deshaciendo el granizo. Sólo en los casos extremos de tener certeza absoluta de que se está en presencia de una manifestación del espíritu infernal debe el religioso acudir a las prácticas especiales que se reseñan en los rituales para imprecicar la ayuda celestial ante tal situación.

Para la cultura popular rural los condicionantes climáticos inciden de una manera determinante en todos los sectores de la cultura

campesina, articulando y canalizando las variables económica, social e ideológica de un modo distinto según las circunstancias sean favorables o adversas. En este último supuesto es inevitable que se desencadene todo un proceso de crisis que convulsione en mayor o menor escala a todo el cuerpo social.

Ante esta situación, y para resolver el conflicto que amenaza los cimientos de la sociedad tradicional, se hace necesario acudir a los procedimientos mágicos (conjuros) ahí donde la técnica es impotente para hacer frente a las agresiones que se presentan. En primer lugar se nos aparecen las formas de actuación sin la presencia de especialistas mágicos en unas reglas de observancia popular para predecir el tiempo anual climatológico y las perturbaciones atmosféricas, así como para impedir que descargue la tempestad una vez materializada. Unas tienen un origen irreductiblemente pagano que refleja la mentalidad panteísta del campesino, en otras se yuxtapone en escala cronológica la tradición cristiana incorporada al universo mágico rural, resultando de ello una elaboración sincrética e innovadora de la religiosidad popular.

Si la comunidad campesina es desbordada por las adversidades naturales acude al especialista conjurador, mediante cuyas prácticas intenta superar la angustia y el desánimo que las contingencias de la vida cotidiana causan entre los hombres. Los conjuradores integran en sus hechizos la ideología religiosa proyectándola en el plano mágico. Los conjuros de tempestades tenían un carácter público y sus oficiantes un salario anual asignado en muchas villas y aldeas, con el objeto de preservar las tierras del granizo y asegurar una buena cosecha al penetrar el conjurador en el mundo sobrenatural y apaciguar los poderes extraterrenos. Ritual periódico incorporado al ciclo del calendario rural, que proporciona a la comunidad un sentimiento unitario frente a la amenaza siempre latente de dioses y espíritus, creando una experiencia participativa colectiva común, aminorando y diluyendo las disputas internas creadas en el transcurso del tiempo por los

avatares de la vida cotidiana entre los distintos grupos de la comunidad aldeana.

Paralelamente, todo ello coexiste junto al representante de la religión oficial, adscrito teóricamente a la cultura sabia, aunque no sucedía en la realidad a causa de la baja preparación cultural e ínfimo nivel social, lo que le convertía en una pieza más del entramado de la cultura popular. Pueden llegar a utilizar la doctrina de los exorcismos de una manera indiscriminada, aplicándola a cualquier objeto con la finalidad de obtener beneficio económico al tener por cierto el pueblo que tales imprecaciones rechazaban las calamidades. Al mismo tiempo, sea de una manera deliberada o no, con sus acciones los sacerdotes suplen las actividades de los conjuradores tradicionales al cumplir la función de mediadores entre la divinidad y los hombres, conciliando las fuerzas naturales alteradas. Engarce íntimo del pensamiento mágico tradicional de la comunidad rural con el religioso católico en una confusión de elementos sacros y profanos. Tomando como base la religión católica, la liturgia es adaptada a los contenidos de la cultura popular, ocasionando graves desviaciones en la ortodoxia oficial por la falta de preparación y corrupción clerical.

Sacro y profano, mago y sacerdote, difíciles términos de separación dentro de la compleja realidad cultural campesina del Antiguo Régimen.